

---

# BOLIVAR

# HEROE CONTINENTAL

---

**CARLOS BETANCUR ARIAS**

- Abogado de la U.P.B.
  - Vinculado a la docencia universitaria en la U.P.B., durante 40 años.
  - Asesor Jurídico de la Curia Arzobispal de Medellín.
  - Autor de la obra: "Derecho Matrimonial".
-

Dentro de los más altos valores de la nacionalidad, surge la figura de Bolívar como pináculo de la pirámide: a su pie están todos los combatientes, los ideólogos, los espectadores, los beneficiados, los esperanzados, los oprimidos que volvían sus ojos al gran realizador, al gran artista, al gran autor de la victoria.

Y es que la opresión, el sometimiento, el "angor spiritus" del hombre necesita alimentarse de la esperanza; y para que resurja la esperanza, es necesario el excitante histórico que conmueva las épocas y avise y realice el futuro de los pueblos.

Es cierto que en muchos lugares de la América hispana se habían presentado ya movimientos con tendencia a sacudir el extraño imperio que pesaba sobre su historia de entonces: es cierto que empezaba a orientarse una organización republicana, débil, mal orientada, sin tino, con discordia, con imposición de pequeñas incidias, dividida ya en su cuna; es cierto que todo ello presagiaba el fracaso venturo, tal vez próximo, de aquel tremendo esfuerzo; en el horizonte se alcanzaba a ver ya la silueta de los patíbulos y había en el aire un

raro olor a sangre y a pólvora, sangre fecunda y pólvora destructora.

Y llegó el momento de las realidades: y es cierto que para entonces se había presentado el genio de Bolívar, con la espada en la diestra mano tendida hacia el oriente, señalando la victoria, pero también era cierto que muchas de sus conquistas parecían derrumbarse: y cuando apenas se presentaba la vindicta cruelmente denominada por la historia "pacificadora", se oyó el clamor del genio, entonces, ausente en Jamaica, diciendo verdades extraordinarias que le conviene muy bien, aún en esta época lejana a aquella en que él escribía, a todos los pueblos que ambicionaban la libertad y la autonomía, con consideraciones de carácter internacional hasta entonces desconocidas.

Cuando escribió su célebre carta de Jamaica, que es un documento de carácter internacional, todavía no completamente explorado, pensaba que Rousseau había escrito, y él lo había leído y meditado, que "la libertad es un alimento succulento, pero de difícil digestión".

---

Que estos pueblos apenas nacidos al ambiente de la libertad, no podían controlar sus infantiles travesuras, y necesitaban un mentor, como cuando en su propia niñez, él había requerido de un don Simón Rodríguez, comprensivo, talentoso, tolerante, regañón y frenador de sus impulsos. Don Simón le había traducido y aplicado para su vida personal, el Emilio de Rousseau, que era la pauta de entonces de la educación de un hombre, y ahora se convertía en la pauta de la educación de los pueblos que, como los hombres, tenían infancia, caminaban hacia su adolescencia y demorarían años y pasarían por muchos acontecimientos, para encontrar su madurez.

Después se presenta nuevamente en nuestra historia regional y organiza el ejército finalmente victorioso para clavar en las más altas cumbres de los Andes la bandera gloriosa de la libertad, en acto eternamente consagratorio.

Y ahora podemos pensar, cuando admiramos el empeño continental de los afanes guerreros de Bolívar, que era un hombre, un corazón, un pensamiento de orden internacional. Que lo ahogaban dos límites y que admiraba y pensaba y tendía siempre hacia lo grande que, al decir de Fray Luis de Granada, es lo que se sale de todo límite; porque todo lo que es limitado es siempre pequeño.

Y si pensamos ahora en lo que él ambicionó hacer de estas patrias americanas, encontramos que tenía una razón que se salía de toda lógica entonces, que no cabía en el pensamiento pequeño y limitado de sus compañeros de hazañas, aún los más heroicos.

Cuando pensó en consolidar el ambiente de libertad del dominio español en todas las colinas americanas, este pensamiento sonó a locura; no era ya suficiente que la Nueva Granada estuviera libre?. No era suficiente que aquí, pudiera darse un ejem-

plo, para que los otros, si lo querían, así lo realizaran?. No era bueno que nos limitáramos a cerrar, con internos cerrojos, las puertas de nuestra casa, para mandar en ella y organizar nuestra vida, en todos los órdenes?. Qué nos iba y qué nos venía que las otras regiones, capitanías, virreinos estuvieran y continuaran sometidos?.

Ese era el pensamiento miope de los grandes compañeros de Bolívar.

Cuando quiso convencerlos de que debía formar un ejército con gentes de la Nueva Granada y de Venezuela, para ir hacia el sur, a libertar esas regiones y arrojar de ellas a los españoles, para que ellas también, como nosotros, pudieran respirar el aire de la libertad, tuvo opositores; y emprendió la marcha victoriosa, con las grandes dificultades que esta clase de empresas tienen y significan; le siguieron muchos que a su sombra se sentían cobijados por la gloria, muchos de los que nos tocan aún muy de cerca.

Y fueron detrás de la victoria final, por los caminos tremendos, oscuros, cerrados, de la guerra. Bolívar, se convertía entonces en el hombre internacional.

Y la libertad brotó en todos los dominios de la Cordillera Andina, desde la Nueva Granada hasta las alturas del Titicaca, parodiando aquello de la cultura griega antigua: al trote de su corcel surgió la libertad como si fuera “el sacro licor que brotar hizo el casco del alígero Pegaso”.

Y cuando, en ocasiones de grandes penurias, solicitó cooperación y ayuda, le fueron negadas ambas, por cuanto no se justificaba una ayuda para libertar tierras extrañas. Mentes pequeñas, corazones ñuridos, ambiciones recortadas, limitadas, estrechas, nacidas para mirar corto, para amar con estrechez, para vivir en sombra, para obrar en conciliábulo. El sol de la libertad amanecía sobre media América, al

conjuro de las voces de mando de Bolívar, y el Continente Americano se sentía entonces fecundo, en trance de grandes alumbramientos.

Bolívar era entonces el HEROE CONTINENTAL frente a los Héroes Nacionales. Y no había otro HEROE CONTINENTAL en la América; todos estaban limitados por las fronteras de los países en donde tenían sembradas sus ambiciones de dominio, de mando, de determinada prepotencia nacional.

Bolívar no tenía fronteras para imponer el dominio de la libertad y eso lo hacía el Héroe Continental y lo exaltaba en la historia, con proyecciones universales.

Los héroes nacionales para abrillantar su gloria, le robaban a su diadema una que otra joya, para lucirla en sus propias biografías:

Si se medita con tino, de buena fe, en el proceso histórico de este continente desde principios del siglo XIX hasta la configuración de la victoria, cuando se oculta la vida física de Bolívar y empieza a brillar, sin mengua alguna, su gloria permanente, encontramos que los héroes nacionales lo fueron en realidad por cuanto, como satélites, recibieron el brillo, la luz de la gloria de Bolívar en todas sus hazañas; cuando se retiraron, se alejaron un poco de su fanal, no tuvieron ni brillo ni calor histórico.

Y es claro que desde entonces se impone, como fenómeno político y sociológico, la intercomunicación de los valores de los diversos pueblos constituidos en naciones. No podemos ser ajenos a la suerte de las otras naciones, porque ella nos toca de cerca, porque de sus proyecciones políticas vivimos y muchas veces sufrimos; porque de sus proyecciones culturales se alimenta nuestro afán de progreso; porque de sus proyecciones económicas se alimenta nues-

tra vitalidad financiera y la prosperidad de nuestro pueblo.

Y ese pensamiento y esa idea que es el principio mismo de la acción, fue en Bolívar obsesivo desde los albores de la lucha por la independencia administrativa y de la libertad política. El Genio cubría con su brillo la propia altura de los Andes, y sus reflejos llegaban a todas las naciones en ciernes, entonces en grandes dificultades para sustentar su propia autonomía.

Bolívar había recibido una educación europea; había tenido contacto directo con personajes de la época; había conocido la Roma de los Césares y había recibido impacto directo de la obra absolutista de Napoleón; su estrategia militar lo había impresionado. Pero meditó sobre la diferencia del medio y de las circunstancias para hacer la guerra. Pensó profundamente en ella, por cuanto se sentía inquieto por el gran valor de la LIBERTAD. La libertad para él no sólo era la capacidad que cada pueblo debía tener para orientar sus propios destinos, sino la capacidad personal de cada hombre para abrazar y definir sus ideas y obras en consecuencia con ellas, siempre que no contradigieran el orden social establecido. La libertad era entonces considerada como un atributo interior del hombre; los teólogos ya la habían definido en el orden moral como la capacidad de obrar el bien o de escoger entre varios bienes; o en el orden metafísico, como la capacidad que tiene cada hombre de orientar sus actividades en cualquier sentido permitido; en ambos casos se excluye la libertad o capacidad de obrar el mal, por cuanto contradice una ley de orden natural, que es el daño ajeno.

Nuestros pueblos sojuzgados no tenían libertad, por cuanto eran gobernados por extrañas autoridades, extranjeros que determinaban los destinos vernáculos; nuestros hombres vernáculos, aun los más connotados por su cultura, no tenían libertad

---

personal tampoco. —Se imponía entonces un cambio—.

Las solicitudes, los memoriales, un poco ingenuos como el de agravios, con la misma ingenuidad que se encuentra plasmada en el acta de la independencia del 20 de julio, no hacían impacto, no tenían respuesta en un medio que se sentía seguro y firme para dominar, en último caso, por la fuerza.

Las primeras revoluciones como las del 20 de julio en Bogotá y las similares de otras colonias en esa misma época, abrieron un poco el camino hacia la audacia, pues dieron buenos resultados, en principio. Pero era tan nobles y tan buenas las intenciones de los aprendices de revolucionarios, que una vez satisfecho un poco el afán de sobreponer sus criterios, al ver un poco humilladas las testas de los virreyes y oidores y prefectos y militares, se contentaron con eso y los libertaron y les dieron carta de pasaporte y aún de ciudadanía nuevamente.

Y vino entonces la recuperación, a sangre y fuego, del dominio extraño y rodaron por las plazas y calles de algunas ciudades importantes, las cabezas pensantes, las mentes directrices de los ingenuos movimientos, y se rehizo aparentemente el dominio extranjero.

Y aparece entonces el Genio; el Héroe por antonomasia; y grita con un grito de esperanza y de dolor desde las costas del Atlántico, y ese grito se oyó por toda la América; y ese grito congregó a todos los que se sentían perseguidos, muchos de ellos, no por conseguir la libertad, sino por salvar el propio pellejo; se unieron, se compactaron, y de las montoneras de campesinos aguerridos, de llaneros desnudos, de hombres de la sierra en alpargatas y de ruana, mal comidos, mal armados en el orden externo, pero hipnotizados por la gloria del Héroe, Bolívar, siguen detrás de

un ideal para muchos de ellos tan oculto como el misterio.

Pero lo siguen y Bolívar, que es el guía, los alienta. Arma sus brazos con armas elementales; pero arma sus espíritus con su entusiasmo, con sus voces proféticas, con sus arengas guerreras que tienen la atracción irresistible del Caudillo, en quien creen ver a un semidios, con el rayo de fuego de la guerra de la antigua mitología, en sus propias manos.

Es un hecho notorio que los hombres más prominentes de la revolución Hispano Americana, como Bolívar, Miranda, Nariño, se habían familiarizado con los principios de la constitución de Filadelfia, en Estados Unidos, y que admiraban su espíritu.

Bolívar mismo había hecho en 1806, a la edad de 23 años, un largo viaje de observación y de estudio por los Estados Unidos, durante el cual visitó a Boston, New York y Washington, y tuvo contacto con los personajes más importantes de su tiempo.

En América Latina, en los centros de estudio sobre todo, eran conocidos los nombres de Washington, Hamilton, Madison, Adams, Franklin, Jefferson, Knox, Paine y otros.

Los papeles de estado y los escritos políticos de los conductores de los Estados Unidos eran conocidos y empleados, como medios de propaganda, por los centros revolucionarios de la América Española.

Bolívar creía, desde entonces, en las grandes dimensiones del pensamiento y de la vida; lo acosaba y lo ahogaba la concepción sin fronteras de la libertad, que concebía como un sol abierto en el mundo entero; no se consideraba feliz mientras hubiera un solo sometido en el mundo, y de manera especial en América.

Empezaba a volver los ojos hacia el norte, en donde se había consolidado, con me-

jores augurios, la libertad; el amparo de aquel pueblo era la esperanza de toda la América. Después de las grandes batallas que le dieron libertad a estos pueblos, en Europa se pensó en una alianza que llamaron irónicamente Santa. Para ayudar a España a recuperar sus colonias; Rusia era francamente favorable. También lo eran Francia y el Imperio de Australia. Inglaterra se oponía abiertamente a una expedición contra las repúblicas de la América Latina.

En el año de 1822 dirigió el presidente de Estados Unidos, James Monroe un mensaje al Congreso de Washington, en el que proponía el reconocimiento, como Estados independientes, de las repúblicas constituidas sobre el territorio de las antiguas colonias españolas. Se debe recordar que antes, uno de los más grandes hombres de estado de los Estados Unidos, Henry Clay, miembro de la Cámara de Representantes de Washington, había propuesto el mismo reconocimiento. Y algo más, que estaba más acorde con el pensamiento internacional, ecuménico, universal, de Bolívar; Clay consideraba que todas las naciones del nuevo mundo debían constituir una unidad moral que sería "el punto de la previsión humana contra los despotismos del viejo mundo". (We should become the center of a system which would constitute rallying point of human wisdom against the despotism of the old world").

El mensaje del 8 de marzo de 1822 de Mr. Monroe es uno de los más importantes documentos de Estado de la historia diplomática americana.

El nombre de Monroe no es conocido generalmente más que por el mensaje del 2 de diciembre de 1823, en el que formula los principios de lo que se llamaría después la "doctrina Monroe". Pero es más importante, sin duda alguna, el mensaje de 1822 por cuanto el de 1823 no es otra cosa que una consecuencia lógica del primero.

La doctrina Monroe, en síntesis, puede reducirse a los siguientes puntos:

1. Los Estados del nuevo mundo que se han declarado independientes, tienen ya un derecho adquirido a esta independencia.
2. El continente americano no es susceptible de una nueva colonización u ocupación por parte de una potencia europea.
3. No se aceptará intervención de Europa en los negocios americanos y los Estados Unidos no intervendrán en la política puramente europea.
4. Los gobiernos ya establecidos en la América Latina, son gobiernos legítimos.

Como es reconocido en la historia, este reconocimiento de los Estados Unidos de la independencia y soberanía de los Estados Americanos, anuló los afanes de la Santa Alianza, de una reconquista americana para las potencias europeas.

Esta doctrina de Monroe tuvo resonancias inmediatas en el mundo americano, dentro y fuera de los Estados Unidos.

Para citar sólo dos testimonios verdaderamente autorizados, quiero referirme a lo que decía Jefferson de un lado y Bolívar de otro.

El primero, expresidente de los Estados Unidos, escribía en una carta dirigida a Monroe:

"La América, del norte y del sur, tiene un complejo de intereses distintos de los intereses europeos, de naturaleza acorde con las necesidades del nuevo mundo. Por tanto, debe tener un sistema propio, separado y diferente de los sistemas adoptados en Europa.

---

Mientras que este viejo mundo sigue siendo el domicilio del despotismo, nuestros esfuerzos deben tender a hacer de la América el continente de la Libertad”.

Por otra parte el pensamiento y los deseos de Bolívar resultaban nítidamente claros en el siguiente pasaje de las instrucciones comunicadas por él a los plenipotenciarios enviados delante de los gobiernos americanos:

“Nada en este momento interesa tanto al gobierno de Colombia, como la formación de una liga verdaderamente americana. Esta Confederación no debe fundarse sobre el principio de una alianza defensiva u ofensiva ordinaria; debe ser mucho más estrecha y sustancial que la que se ha formado recientemente en Europa contra la libertad de los pueblos. Es preciso que la nuestra sea una verdadera Sociedad de Naciones Hermanas que, aunque separadas, por el momento, en el ejercicio de su soberanía, por la imposición de los acontecimientos humanos, no sólo esté unida, sino que disponga de una fuerza suficiente para resistir las agresiones de un poder extranjero”.

Estas circunstancias y este acogimiento de la doctrina de la unión, determinó al fin una verdadera solidaridad entre los Estados Unidos de América del Norte y los estados de la América Latina. Ello determinó que Bolívar propusiera como una de las bases —la 19— para la convocatoria del Congreso de Panamá de 1926, que decía: “La adopción de medidas para hacer eficaz la declaración del presidente de los Estados Unidos del Norte al congreso de esta República, para frustrar la posibilidad de toda tentativa por parte de España de volver a colonizar el continente americano”.

El afán de Bolívar por la fraternidad americana; sus ideales de unión de todos estos pueblos, tuvieron realización transitoria en el Congreso de Cúcuta, cuando se creó

la Gran Colombia; fue entonces, Bolívar, el primer ciudadano grancolombiano; ello no satisfizo su gran ideal; pero sí signó en la historia el afán universal, continental al menos, del Libertador, su pensamiento sin fronteras, que hacía de él el héroe continental, con proyecciones universales, frente al héroe nacional, limitado.

Muerto él, o mejor, presa de enfermedad y ya abandonado y en veces perseguido por los amigos de ayer, se disolvió la Gran Colombia, y volvieron a aparecer las fronteras, en las mentes limitadas de los caudillos locales.

Pero se había hecho una gran obra de orden internacional, y el autor era Bolívar: había encendido una luz que había contribuido grandemente a formar y a desenvolver una mentalidad y una conciencia panamericana, que es el culto que todos los Estados del nuevo mundo tienen siempre y profesan a los mismos ideales internacionales. La paz, como estado normal de las relaciones entre las naciones; la igualdad jurídica de todos los Estados, sin miramientos por su poderío material, por sus riquezas o por su población; la condena explícita de la conquista, como medio de engrandecimiento territorial de los Estados. La existencia de cierta forma de civilización fundada sobre el respeto del individuo, sobre la libertad del espíritu, sobre el valor de los contratos y sobre una moral internacional de carácter obligatorio; la consagración de la regla “Pacta sunt servanda”, es decir, el respeto por la palabra empeñada y por la santidad de los tratados, como fundamento supremo de todo el derecho de gentes, considerado en América incompatible con las doctrinas de la fuerza que encomiendan el éxito de los hechos, el efecto de la violencia o del engaño, libremente consentidos. El arbitraje como el único medio civilizado para resolver las controversias internacionales, cuando las negociaciones directas no han tenido éxito; el principio de la no intervención de un Estado en los negocios po-

líticos de otro, la nacionalidad del “ius soli” por oposición a la nacionalidad del “ius sanguinis” practicado en Europa.

Estos son algunos de los principios que salieron de la mente del genio, y que fueron simultáneos con lo que otros Estados más avanzados, y mayores en el orden de la independencia, acogieron y practicaron.

La mente de Bolívar libraba, así, los linderos del derecho nacional, para alcanzar altas formas en el orden del derecho internacional.

Bolívar, sin duda alguna, es para la historia americana, y para la historia universal, el héroe sin fronteras, el héroe que se sale de toda forma de nacionalidad específica, que piensa en grande, que considera que los acontecimientos del mundo tienen relación directa con los acontecimientos de cada uno de los países americanos.

Esas consideraciones se hacen cada día más reales; el mundo en la antigüedad, era demasiado grande; extendía sus continentes en zonas casi desconocidas para los hombres y por ende para la historia; sus límites eran ignotos; hace apenas cinco siglos, que son poca cosa en la consideración histórica del mundo, no se conocía la existencia de más de la mitad del planeta; y no es un despropósito pensar que aún en esta época hay zonas del globo terrestre totalmente ocultas para el hombre.

No obstante, las relaciones se han tornado rápidas y los continentes se han acercado en esta época, por razón de las comunicaciones de orden social. Sabemos con mucha rapidez, casi en el mismo momento en que acontecen, los incidentes históricos del mundo entero, en cualquiera de los lugares de la tierra. Y podemos transportarnos con tanta rapidez, que somos ciudadanos invitados del mundo, con capacidad de cumplir con las citas más lejanas.

Por ello la hermandad universal se hace más precisa; la doctrina continental, universal de Bolívar, tiene ahora más vigencia que en su tiempo. El genio es siempre un visionario, un profeta, capaz de crear para todas las épocas.

Por eso no se comprende el héroe en su dimensión temporal y especial.

Se sale de toda consideración actual para entrar en el dominio de lo que es permanente.

El héroe no es comprendido, y se considera siempre por las gentes, como un desequilibrado en el orden síquico; como un loco. Todo lo que se sale del rasero común de las costumbres humanas, huele y sabe a locura. Pero la locura es el principio mismo de la grandeza y de la cordura en vuelo.

Esquilo, el primero de los trágicos griegos, cuando crucifica en la roca del Cáucaso a Prometeo, le hace decir cosas sublimes; pero también dicen frases que se salen de lo común, y que todavía están vibrando en la conciencia universal, las criaturas que rodean su martirio: Geronte, que es el Océano, dice a Prometeo: “Parecer loco, es el secreto de la sabiduría”.

Los héroes forjan sus armas en las fraguas de la gloria, que tiene llamas esplendentes de alta temperatura, capaces de derretir los metales bajos de las pasiones viles; sienten impulsos soberanos en el inconsciente de su vida y se van, en pos de su destino, por los caminos iluminados de la gloria. No hay cálculo alguno en su actividad pública; el héroe obedece a un glorioso destino histórico que lo lleva y lo trae por los más diversos y, a veces, ilógicos caminos, ignorados por las gentes comunes, para llegar al cumplimiento cabal de su destino. El héroe tiene dentro de sí la causa de su heroicidad. Dios lo escogió para que ejercitara un destino providente, en relación



---

con la historia de una época y de un pueblo.

El héroe obedece el impulso del momento para crear la gloria. Sobre su cabeza brilla entonces el sol que se detiene hasta que su obra termina y se corona de éxito.

Si se indaga, con la medida de la lógica, el acto heroico, se sale del metro; no admite ni ponderación ni medida. Los actos heroicos son casi siempre ilógicos y superan las realidades prudentes de los hombres.

Los héroes son seres imperativos, tumultuosos, violentos, arrebatados, extremos, jinetes de corceles alados, destructores de límites. Los héroes dan zancadas gigantescas que unen las edades en las páginas de la historia.

Sin ellos, la historia no existe.

Los héroes tienen su epinicio en la historia de los pueblos. Son, al mismo tiempo, los creadores y los actores de ella. Sobre sus nombres, sembrados como bases o fundamentos, se ha levantado siempre la grandeza de las naciones. Los monumentos que se erigen a los héroes en las diversas regiones y en las distintas etapas de la historia, son la transcripción en bronce o en piedra, materiales firmes y serenos, de su propia grandeza.

Por eso Bolívar preside, eternizado en bronce o en mármol, las plazas públicas y las grandes avenidas de todas las ciudades de América, incluyendo algunas del norte, y muchas también del viejo mundo. Ahora la historia lo reconoce así, a él, el único, como héroe universal.